

## **NUEVOS MOVIMIENTOS RELIGIOSOS, NUEVA ERA Y FE CRISTIANA**

*(Observaciones para discernir)*

*Felicísimo Martínez Díez, o.p.*

Los nuevos movimientos teológicos y la Nueva Era ofrecen un menú inabarcable: teorías sobre Dios y sobre la religión, sobre la historia y la astrología, sobre la ecología y el feminismo; medicina alternativa, dietas vegetarianas, técnicas adivinatorias, métodos de meditación e interiorización, ejercicios de control mental... Sus seguidores buscan una salida de emergencia para su stress y sus problemas, o un camino milagroso para conseguir felicidad y paz. En ese gran menú cada cliente pide el plato que más le apetece o del que espera sacar mayor provecho.

La Nueva Era es una especie de combinado de todos los nuevos movimientos religiosos. Por eso, vamos a centrar la atención especialmente en ella.

A pesar de que no se presenta como religión, la dimensión religiosa está presente por todas partes. No es una dimensión fácilmente aislable. Se escapa de las manos. Está esparcida y difuminada en todas las demás dimensiones: en las teorías científicas, en el ideal ecologista, en las prácticas de medicina alternativa; en las técnicas de adivinación, de meditación, de concentración; en el arte, en la música, en el cine; en las dietas vegetarianas, en las prácticas de channelling ..., etc.

¿Qué dicen los nuevos movimientos religiosos de la religión, y, en concreto, de la religión cristiana? ¿Cómo interpretan la dimensión religiosa? ¿Cómo la canalizan? ¿Cómo se sitúan frente a las religiones e iglesias clásicas? ¿Y cómo se sitúa la Iglesia frente a los planteamientos y las prácticas religiosas de los nuevos movimientos religiosos y de la Nueva Era?

## **1.- La Nueva Era, ¿Religión o Espiritualidad?**

Los partidarios de la Nueva Era repiten hasta la saciedad la siguiente afirmación: las religiones tradicionales han sido superadas; no han sabido adaptarse y dar respuesta a los tiempos nuevos. Las religiones tradicionales están ya caducas; no responden a las necesidades religiosas del ser humano.

Los elementos válidos de las religiones clásicas deben ser sacados de las tradiciones de origen y “reciclados” en una nueva mística. Eso explica que en los nuevos movimientos religiosos y en la Nueva Era aparezcan elementos tomados del judaísmo, del cristianismo, de las religiones orientales... de todo tipo de religiones. Es un verdadero amasijo de creencias y prácticas religiosas de la más heterogénea extracción. Ofrecen una especie de “supermercado espiritual”, de “buffet de religiones”, de “cóctel espiritual”. Todo es legítimo si sirve al sujeto y le hace sentirse bien.

Es un sincretismo cuya masa no ha fraguado aún. Aún no es posible saber cuál será el resultado. Los americanos la llamarán con gusto una “meltingpot”. Por lo general, se trata de elementos sacados de su contexto original, de tal forma que en nada se parecen al original. Un ejemplo muy claro: la interpretación que hace la Nueva Era de la persona de Jesús de Nazaret o del Cristo de la fe cristiana.

La Nueva Era prefiere hablar de mística o de espiritualidad antes que hablar de religión. Se considera a sí misma una nueva mística o espiritualidad, no una nueva religión. Pretende llenar el vacío espiritual dejado por las viejas religiones o por las nuevas teologías de la muerte de Dios o por los nuevos procesos de secularización.

¿Por qué rehuye llamarse “religión”? Para evitar caer en el formalismo y la frialdad institucional de las religiones clásicas. El problema de éstas, según la Nueva Era, consistió en acumular toda clase de dogmas, ritos, códigos

morales, toda clase de prácticas... sin que estuvieran inspirados o sustentados por verdaderas experiencias de fe. Los nuevos movimientos religiosos denuncian a las religiones y a las iglesias por su exagerado ropaje institucional y por su escasa experiencia mística o espiritualidad. ¡No conviene desatender esta denuncia, porque señala un problema real en las religiones tradicionales y en la mayoría de las iglesias! Si la Iglesia católica se mira con honestidad a sí misma, tendrá que confesar que por aquí andan muchos de sus problemas.

De momento la Nueva Era declara no tener dogmas, ni libros revelados, ni ritos, ni ministros, ni sede... Pero ya hay en ella personajes que pontifican, afirmaciones con sabor dogmático, bestsellers que son especie de “biblias”, ritos, ministros y sedes... que se consagran con el paso del tiempo. En todo caso, se llame mística, espiritualidad o religión, la Nueva Era tiene mucho que ver con la dimensión religiosa del ser humano: “pretende incluso ser la religión nueva y definitiva, que engloba y supera todas las que existen hasta el presente”.

La mayoría de los nuevos movimientos religiosos ofrecen una religión o espiritualidad muy especial. Aquí debe comenzar, para un cristiano, la tarea del discernimiento.

En primer lugar, se trata de una especie de “religión sin Dios”. Porque Dios lo es todo, pero no es una realidad ni una persona concreta. Ni es trascendente, ni se distingue del hombre y del cosmos. Ni es un Dios personal con el que se puede establecer un diálogo orante. Se le puede venerar contemplando al sol o a la montaña, pero no se podrá establecer un diálogo personal con él. Dios está en cada uno de nosotros y en todas las cosas; cada uno de nosotros y todo el cosmos somos dios.

“Yo soy dios”. “Todo es dios”. En la historia de las religiones a esto se lo llamó panteísmo o panenteísmo. Lo cual es muy distinto de una verdad consagrada en la espiritualidad cristiana: la presencia del Dios personal en todas las personas y en todas las cosas. Aquí se trata de una presencia providente; de la presencia de un Dios que dejó su imagen estampada en la creación y sobre todo en el ser humano; de la presencia de un Dios que cuida de sus creaturas y ama de forma especial a todos los seres humanos.

Para cultivar esa toma de conciencia de que Dios está dentro de nosotros y que nosotros somos Dios, los nuevos movimientos religiosos y la Nueva Era

recurren a técnicas psicológicas, ejercicios de control mental, métodos de concentración, meditación, interiorización... Muchas de estas técnicas y métodos son tomados de las religiones orientales, especialmente del hinduismo, del budismo, del taoísmo y el tantrismo. El recurso a la oración cristiana ha sido escaso.

Por este camino el hombre se encuentra y se reencuentra con su verdadero yo, que es parte del Todo. La fusión del yo individual en ese Todo es la meta final a la que aspira todo ser humano. En ella se da por concluida la ley del karma y el ciclo de reencarnaciones. Esa fusión introduce al ser humano en el nirvana, en la armonía, en la paz y la felicidad definitivas...

La mayoría de los nuevos movimientos religiosos y la Nueva Era acentúan la dimensión emotiva y afectiva de la experiencia religiosa y mística. Todo lo que tiene que ver con la sensibilidad y con los sentimientos, las emociones y los afectos, es importante para la nueva espiritualidad. Esa dimensión mística debe eliminar el racionalismo estéril de las viejas tradiciones religiosas, que no ha producido más que un saber vano e inútil. La razón sólo nos descubre las apariencias de la realidad; la intuición nos introduce hasta la verdadera realidad. Sentirse bien: este es el objetivo terminal de la religión, de la mística, de la espiritualidad que propone la Nueva Era.

La verdadera religión es como el substrato de todas las religiones. Es aquello que todas las religiones tienen en común. Por eso, la Nueva Era, a pesar de que declara superadas y caducas todas las tradiciones religiosas, se alimenta de ellas. Cualquier fiel de cualquier religión o cualquier miembro de cualquier Iglesia puede participar en las creencias y prácticas de la Nueva Era sin necesidad de renegar de su confesión o pertenencia de origen. Se puede seguir confesando la religión de origen y perteneciendo a la propia Iglesia. Lo importante es tomar conciencia de que todas las religiones e Iglesias son lo mismo, expresiones históricas de una religión verdadera más profunda.

La religión de la Nueva Era es una religión sin Dios. Dios es un ser personal, como lo es el Dios de la revelación judeo-cristiana o el Dios de Jesús. No hay necesidad de dirigirse a El ni tiene sentido hacerlo, pues la salvación y la liberación no vienen de Dios, sino del hombre mismo. Se trata de una autoredención, de una divinización de si mismo por medio de técnicas y prácticas que permiten al hombre acceder a lo más profundo de su yo. Ahí está la verdadera trascendencia.

En definitiva, la religión es un producto del hombre mismo, una proyección del ideal humano, una peregrinación del ser humano hacia el interior de sí mismo. Por eso, la religión de la Nueva Era tiene un carácter netamente individual. Su objetivo terminal consiste en que el individuo tome conciencia de lo divino que hay en él o que él mismo es. Cambiar la conciencia para cambiar los individuos, y cambiar los individuos para cambiar la colectividad y el mundo.

La religión de los nuevos movimientos religiosos y de la Nueva Era tiene notables diferencias con la fe cristiana. Falta la concepción personal de Dios en la línea de la tradición judeo-cristiana. Jesucristo no es presentado como Redentor. El Espíritu de la Nueva Era no es el Espíritu Santo del credo cristiano. La fe es un asunto individual, sin dimensión comunitaria, ni implicaciones sociopolíticas.

## **2.- Ambigüedades del retorno de lo sagrado**

Hoy es ya un tópico hablar del retorno de lo sagrado, y quizá se ha saludado con demasiado entusiasmo este retorno. Se considera este fenómeno como un resurgir o despertar de la fe y de la experiencia religiosa. Es un revival o revitalización de algo que parecía muerto y agotado, un despertar de algo que parecía dormido, una vuelta de lo sagrado que se había dado definitivamente por liquidado en muchas filosofías e ideologías modernas.

Los nuevos movimientos religiosos son una protesta legítima contra varios fenómenos de la modernidad: un ateísmo demasiado engreído y pagado de sí mismo; unas críticas de la religión demasiado cargadas de ideología; una fe casi idolátrica en el progreso científico y tecnológico; una cultura materialista y hedonista que consideraba la felicidad una conquista definitiva; un secularismo asfixiante que cerró al hombre moderno todo horizonte hacia la trascendencia...

La fe y la mística no sólo se han agotado en la cultura moderna, secular y materialista. También se han debilitado y asfixiado en el interior de las religiones y las iglesias. Este fenómeno explica la reacción de no pocos creyentes: buscar de nuevo la experiencia de fe, la dimensión espiritual, el éxtasis místico... Y muchos de ellos desconfían de poder encontrar esa fe y esa experiencia mística en la Iglesia. Por eso se van a buscarlas en las sectas, en otros movimientos religiosos, en la Nueva Era. El hecho da que pensar. ¿Por

qué se van los creyentes a buscar fuera de la Iglesia lo que ella misma debiera proporcionarles?

Hay problemas hondos en las religiones tradicionales y en las iglesias. Detrás de la confesión de fe a base de credos y dogmas, no siempre hay una experiencia viva de fe. Detrás de los ritos, cultos y ceremonias, no siempre hay una vivencia mística. Detrás de los rezos no siempre hay oración y comunicación con Dios. Detrás de los mandamientos no siempre hay una experiencia amorosa de la alianza con Dios o la alegría de haber descubierto el Reino de Dios. Detrás de las instituciones eclesiales no siempre está presente la mística del servicio y del amor.

La crisis religiosa llega, por lo general, cuando todo el aparato religioso -credos, dogmas, ritos, mandamientos, prácticas, organización eclesial- deja de estar inspirado por una experiencia de fe; cuando detrás de la religión no hay ni mística ni espiritualidad. Aquí la Nueva Era apunta en una dirección exacta, y hacia unos problemas más que reales.

Pero el retorno de lo sagrado en los nuevos movimientos religiosos es un fenómeno ambiguo. A veces en vez de retornar lo sagrado, los que retornan son los brujos. Lo que parece un "rumor de ángeles" a veces no pasa de ser un cúmulo de interferencias que impiden escuchar con nitidez la revelación de Dios. No todo lo que aparece como sacral y religioso lo es de verdad ni todo es compatible con la fe cristiana.

El secularismo es asfixiante. Cierra al ser humano el horizonte de la trascendencia, borra a Dios de la pantalla humana, y deja a las personas un fuerte vacío de sentido. La secularización que evolucionó hacia el secularismo merece un correctivo severo. Pero no todo en la secularización es reprochable, porque la secularización sana consiste en dejar al mundo ser mundo y, por consiguiente, dejar a Dios ser Dios. Dicho en términos más elementales: consiste en reconocer al mundo sus leyes, que funcionan con una cierta autonomía, y reconocer al hombre esa responsabilidad que Dios le ha encomendado de administrar este mundo.

La Iglesia del Vaticano II había quedado ya de acuerdo en dejar al mundo ser mundo y en no meterse ella ni meter a Dios en todas las cosas. Habíamos quedado en dejar a las ciencias y a las artes, a la política y a la economía, a todas las áreas de la vida humana... que se rigieran de acuerdo con sus leyes, sin

necesidad de tener que estar sometidas a los dogmas de la fe o al beneplácito de la autoridad eclesial. De ese acuerdo habían salido enriquecidas y clarificadas la imagen de Dios y la misión del hombre en el mundo. Dios y el hombre ya no se enfrentaban como competidores, celosos de sus derechos; simplemente colaboraban como dos buenos amigos.

No es sólo la secularización de la cultura moderna la que ha asfixiado la experiencia religiosa y ha oscurecido el rostro de Dios. Entre nosotros, ha habido otros hechos históricos más determinantes: la injusticia y la opresión han oscurecido el rostro del hombre y de la mujer, y, consiguientemente, han oscurecido también el rostro de Dios.

El retorno a lo sagrado tiene una cara positiva: rescatar esa dimensión mística de la realidad y, sobre todo, del ser humano. Pero tiene un gran riesgo: volver a sacralizarlo todo, construir un gran pantefismo, fundir otra vez en un caos lo que está llamado a ser un cosmos. Dios está en el monte y en el mar, en el trueno y en el relámpago, en el arroyuelo y en la brisa... Pero de ahí a divinizarlo todo de nuevo, como quiere la Nueva Era, va mucha diferencia.

La tradición judeo-cristiana había recorrido un importante camino para colocar las cosas en su sitio. Después de haber luchado tanto por depurar la imagen de Dios, corremos el riesgo de volver al punto de partida. Estamos en peligro de confundir a Dios de nuevo con cualquier cosa, como sucedió en los albores del yahvismo..., cuando fue necesario prohibir todas las imágenes de Dios para evitar el peligro de idolatría.

En este retorno de lo sagrado, la religión corre riesgos, y puede terminar confundándose con cualquier cosa: con la magia, con el espiritismo, con las prácticas de ocultismo, con cualquier terapia de cualquier clase, con un simple método de relajación... Eso es confundir la religión con lo que no es religión. O confundir la religión con lo que son simples instrumentos al servicio de la experiencia religiosa. Válidos y legítimos, pero, al fin y al cabo, instrumentos que se deben mantener mientras son útiles, y se deben abandonar cuando ya no sirven. Esto por desgracia ha sucedido también en las mismas iglesias. Es la vieja historia del sábado, de la ley, del ayuno... convertidos en dogmas y en absolutos.

Es preciso mantener una actitud muy alerta y crítica frente al sincretismo de la Nueva Era. Dios no debe ser confundido con cualquier cosa. Ni la religión

necesidad de tener que estar sometidas a los dogmas de la fe o al beneplácito de la autoridad eclesial. De ese acuerdo habían salido enriquecidas y clarificadas la imagen de Dios y la misión del hombre en el mundo. Dios y el hombre ya no se enfrentaban como competidores, celosos de sus derechos; simplemente colaboraban como dos buenos amigos.

No es sólo la secularización de la cultura moderna la que ha asfixiado la experiencia religiosa y ha oscurecido el rostro de Dios. Entre nosotros, ha habido otros hechos históricos más determinantes: la injusticia y la opresión han oscurecido el rostro del hombre y de la mujer, y, consiguientemente, han oscurecido también el rostro de Dios.

El retorno a lo sagrado tiene una cara positiva: rescatar esa dimensión mística de la realidad y, sobre todo, del ser humano. Pero tiene un gran riesgo: volver a sacralizarlo todo, construir un gran pantefismo, fundir otra vez en un caos lo que está llamado a ser un cosmos. Dios está en el monte y en el mar, en el trueno y en el relámpago, en el arroyuelo y en la brisa... Pero de ahí a divinizarlo todo de nuevo, como quiere la Nueva Era, va mucha diferencia.

La tradición judeo-cristiana había recorrido un importante camino para colocar las cosas en su sitio. Después de haber luchado tanto por depurar la imagen de Dios, corremos el riesgo de volver al punto de partida. Estamos en peligro de confundir a Dios de nuevo con cualquier cosa, como sucedió en los albores del yahvismo..., cuando fue necesario prohibir todas las imágenes de Dios para evitar el peligro de idolatría.

En este retorno de lo sagrado, la religión corre riesgos, y puede terminar confundándose con cualquier cosa: con la magia, con el espiritismo, con las prácticas de ocultismo, con cualquier terapia de cualquier clase, con un simple método de relajación... Eso es confundir la religión con lo que no es religión. O confundir la religión con lo que son simples instrumentos al servicio de la experiencia religiosa. Válidos y legítimos, pero, al fin y al cabo, instrumentos que se deben mantener mientras son útiles, y se deben abandonar cuando ya no sirven. Esto por desgracia ha sucedido también en las mismas iglesias. Es la vieja historia del sábado, de la ley, del ayuno... convertidos en dogmas y en absolutos.

Es preciso mantener una actitud muy alerta y crítica frente al sincretismo de la Nueva Era. Dios no debe ser confundido con cualquier cosa. Ni la religión

es lo mismo que la magia. Discernir en base a una evangelización permanente, en base a una fe firme, y desde una comunidad viva. Esa es la solución.

### **3.- Los nuevos Movimientos Religiosos. ¿Religión y Magia?**

La diferencia entre magia y religión es fundamental en este ejercicio de discernimiento. Es preciso consultar a la antropología cultural y, sobre todo, a las ciencias de la religión, para atinar con esas diferencias. Por supuesto, los límites entre la magia y la religión no son precisos sino difusos. Se trata de fenómenos del espíritu, difícilmente medibles. Ahí no entran las ciencias exactas. Pero, al menos, hay algunos indicadores que permiten moverse con seguridad.

Es preciso recordar algunos para analizar la dimensión religiosa -o mágica- de la Nueva Era. La razón es obvia: lo que parecía un logro definitivo se nos ha esfumado entre las manos. Cuando nos parecía que nuestro mundo tenía muy clara la diferencia entre magia y religión, ha vuelto a mezclarlas o confundirlas. Nos parecía que las prácticas mágicas eran el reducto de la época de las cavernas, apenas mantenido por clases sociales condenadas a la ignorancia y la marginación social y cultural. Pues bien, resulta que el hombre y la mujer modernos, de clase social elevada y nivel cultural destacado, vuelven a entusiasmarse con los oficios del brujo y las prácticas del mago. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué a quien no satisfizo la religión le fascina la magia?

Hay una tentación siempre presente en la historia de la humanidad: la tentación de robarle el fuego a los dioses. Es la tentación primera que aparece en el relato del pecado original: querer hacerse igual a Dios, apoderarse de sus atributos, conocer el bien y el mal... “De ninguna manera morirán -replica el tentador a la primera pareja-. Es que Dios sabe muy bien que el día en que coman del árbol, se les abrirán a ustedes los ojos y serán como dioses, y conocerán el bien y el mal” (Gn 3, 4-5). Es la tentación del aprendiz de brujo: alcanzar los poderes mágicos del maestro-brujo, aunque después sea incapaz de controlar esos poderes. Es la fascinación de lo exótico y de lo esotérico, del juego con las fuerzas ocultas y escondidas, de la experimentación con lo sagrado.

Una religión demasiado “normal” no satisface esta tentación curiosidad del ser humano. Los dogmas, los ritos, los mandamientos... desde siempre

repetidos en la tradición cristiana no tienen aliciente para unos seres esencialmente curiosos y amigos de lo novedoso. El arcano, lo oculto, lo misterioso: eso es lo que cuenta; eso es lo que alimenta el ansia de experimentación, que es parte del orgullo, de la soberbia de la vida, de la *hybris* del hombre moderno. Este no se contenta con ser humano, simplemente humano. Quiere ser como dios, o quiere ser Dios. Por eso, cambia la religión por la magia, para hacerse con los poderes divinos, manipularlos, instrumentalizarlos.

La iniciación en los nuevos movimientos religiosos y en la Nueva Era comienza siendo un simple juego, que alimenta la curiosidad y el gusto por lo oculto y esotérico. Pero quizá sin darse cuenta, los iniciados se ven inmersos en creencias y prácticas que ya nada tienen de inocuas o inocentes. El horóscopo puede ser un pasatiempo inocente. Los ritos de iniciación luciférica... no lo son tanto. Y estos ritos forman parte de algunos de estos movimientos y de la Nueva Era.

Existe una esencial diferencia entre la religión y la magia. Está marcada por el tipo de relación entre el ser humano y Dios, o por la actitud que el ser humano adopta ante Dios.

La religión implica una actitud de fe y de sometimiento a la voluntad de Dios. El ser humano reconoce su condición de creatura y acepta con humildad y docilidad la grandeza, el poder, la trascendencia del Creador... Cuando tiene lugar una revelación personal de Dios a través de una historia salvífica y de una alianza, el poder divino se trueca en experiencia de amor paterno/materno y la actitud de sometimiento se trueca en confianza filial. Por eso, la actitud de fe es una actitud humilde, receptiva, obediente, sumisa, agradecida...

En las religiones el creyente no pretende decirle a Dios lo que tiene que hacer, sino aceptar lo que Dios hace, pues él sólo actúa para bien de sus creaturas. Ni pretende manipular los poderes divinos, pues sabe que ante Dios la única actitud verdaderamente religiosa es el respeto y la obediencia. Por eso los actos más característicos de la religión son la oración, la adoración, la veneración... y, en definitiva, el amor a Dios y a todas sus creaturas.

La magia parte de otros presupuestos: el hombre pretende desempeñar el papel de Dios. Porque la magia consiste precisamente en querer someter las fuerzas divinas a la voluntad humana. La magia consiste en instrumentalizar

esas fuerzas a capricho y arbitrio del mago y de sus clientes. En el mejor de los casos, para hacer el bien: magia blanca. En el peor, para hacer el mal: magia negra. En la magia no hay lugar para la auténtica oración, para la adoración o la veneración... Es Dios el que tiene que arrodillarse ante el mago y obedecer sus órdenes. Los ritos mágicos son vinculantes para Dios. El no es libre, ni soberano, ni gratuito. Puesto el rito con esmero y pronunciadas las fórmulas debidamente, el efecto mágico ha de seguirse necesariamente. Los poderes divinos están en las manos del mago, que se convierte así en un manipulador de Dios.

Al escuchar estas reflexiones, no faltarán quienes piensen en muchos ritos, devociones y costumbres cristianas... Por supuesto que no todo es trigo limpio en la Iglesia, en su oración y en sus ritos. Cuando falta la fe hasta los ritos más sagrados pierden su inspiración cristiana y corren el riesgo de convertirse en magia o superchería. Sólo la evangelización permanente puede liberar a la comunidad cristiana de estos peligros, más que reales. Pero el cristianismo es esencialmente una experiencia de fe, un ejercicio de obediencia a la voluntad de Dios, una práctica del amor generoso y desinteresado..., siguiendo el ejemplo de Jesús. Esto es lo que hace de la fe cristiana una actitud religiosa. Esto es lo que distancia al cristianismo de la magia.

En la Nueva Era no se habla de magia, sino de religión y espiritualidad. Pero algunas creencias y, sobre todo, algunas prácticas están más próximas a la magia que a la religión. La Nueva Era, al igual que muchos de los nuevos movimientos religiosos, pertenece a esa corriente de milagrismo que, desde la sociedad norteamericana del bienestar, se ha exportado a todos los rincones del mundo. Ya se han publicado bestseller para conseguir cualquier milagro en ocho días: desde aprender el chino hasta hacer una gran fortuna en la empresa. Ahora se nos ofrece la posibilidad de otro gran milagro: cómo ser feliz en ocho días y hacer que desaparezcan todos los males con sólo pensar positivamente. Es el gran milagro o la nueva magia para conseguir la felicidad a bajo costo.

Muchas técnicas y métodos de meditación y de control mental, destinadas a aprovechar toda clase de energía espiritual en sentido positivo, a conspirar con los demás seres humanos para acelerar la Era de Acuario..., están más próximas a la magia que a la religión. Los seguidores de la Nueva Era son muy dados a preguntarle a las estrellas, y a las cartas, y al tarot, y a cuantos videntes o profetas dicen poseer la capacidad de desvelar el futuro. En ella todo

parece estar permitido con tal de dominar las fuerzas ocultas y las energías divinas.

Pablo, por el contrario, nos dice que no todo lo que está permitido es saludable: “todo es permitido pero no todo es provechoso; todo es permitido, pero no todo es constructivo. Que nadie busque su propio interés, sino el del prójimo” (1 Co 10, 23-24). Decir esto no es ver de nuevo el pecado por todas partes. Significa sencillamente que hay cosas en la Nueva Era que no son compatibles con la fe cristiana. Por ejemplo: la concepción de Dios, la interpretación de Cristo, el intento de manipular lo sagrado mediante ritos y prácticas mágico-ocultistas, o el intento de manipular el poder divino...

Decir que no todo es saludable es decir que muchas cosas permitidas no hacen ningún bien a los seguidores de la Nueva Era. El ser humano es demasiado propenso al juego peligroso, a mantenerse en el filo del peligro. Y, con frecuencia, cuando quiere dar marcha atrás, es demasiado tarde; el daño está ya hecho. Hoy lo estamos viendo en personas, especialmente adolescentes y jóvenes, que han flirteado con los nuevos movimientos religiosos y han jugado juegos peligrosos.

Hay que cuidar la salud física. Bienvenido sea el cuidado del cuerpo y de la salud física -no el culto idolátrico-. Pero hay que cuidar también la salud mental. Y, por los frutos, da la sensación de que algunas prácticas de la Nueva Era no son muy saludables que digamos. Ciertos controles mentales y ciertas técnicas de meditación no pasan de ser un lavado de cerebro y una forma de alienación o de fuga de la realidad. Ciertas prácticas y ritos de la Nueva Era no pasan de ser un intento de transformar la realidad por el camino más fácil: el ritual mágico.

#### **4.- Algunos elementos positivos en los Nuevos Movimientos Religiosos y en la Nueva Era**

Los nuevos movimientos religiosos intentan recuperar una dimensión esencial de la existencia humana: la dimensión religiosa, espiritual y mística. Esta dimensión dice relación directa al mundo del sentido. Quizá nunca la humanidad se había visto tan carente de sentido. Quizá nunca la humanidad había experimentado un desencanto tan fuerte como el que está experimentando en la actualidad. La cultura moderna ha hecho grandes

aportes al desarrollo de la humanidad en casi todos los sentidos. Pero tiene aún cuentas pendientes con la humanidad.

La cultura moderna se propuso llevar la emancipación del hombre hasta sus últimas consecuencias. Procuró liberar al hombre de toda alienación, y vio con frecuencia en la fe religiosa la raíz de las demás alienaciones. Por eso, después de una etapa de humanismo religioso o de deísmo inocuo, se llegó a la etapa de un ateísmo agresivo y de una crítica violenta de la religión. Hasta llegar a considerar la religión como la gran alienación, la gran ilusión, el gran “opio del pueblo”.

Un secularismo radical cerró la vida y la historia a todo horizonte de trascendencia, a toda fe religiosa, a toda dimensión sacral. Así nació un mundo desencantado. Así se planteó con todo su dramatismo el interrogante sobre el sentido de la vida humana. Y así el hombre moderno experimentó el vacío de lo sacral, de lo religioso, de lo místico. Por otra parte, el ídolo del progreso ha dejado en el camino numerosas víctimas y ha marginado a numerosos pueblos de la participación en los bienes de la tierra. Este escándalo también ha contribuido a oscurecer el valor y la función de la religión.

La cultura postmoderna, los actuales movimientos del despertar religioso, la Nueva Era... son una reacción saludable contra esa situación. De alguna forma intentan llenar ese vacío de lo sacro, de lo religioso, de lo místico. Intentan devolver a la humanidad la espiritualidad y la mística perdidas, para reencantar el mundo y devolver a la historia humana un horizonte de sentido.

Los nuevos movimientos religiosos y la Nueva Era tienen un valor testimonial importante, son síntomas no desdeñables. Refuerzan una vieja convicción de todas las tradiciones religiosas: la dimensión espiritual y religiosa es esencial a la vida humana. Cuestionan el empeño de la cultura moderna por construir la historia al margen de toda referencia religiosa. No se puede garantizar un futuro feliz a la humanidad reprimiendo la dimensión espiritual y mística del hombre y de la mujer.

Para recomponer la historia y el mundo, es preciso recuperar la dimensión religiosa de la humanidad. Quien quiera recobrar el norte y la orientación hacia un futuro feliz, tendrá que buscar de nuevo referencias religiosas y experiencias místicas. En este sentido, la Nueva Era, como los demás movimientos del despertar religioso, son también un desafío y un acicate para

las religiones tradicionales y para las iglesias. Efectivamente, se presenta como alternativa religiosa y espiritual a unas religiones clásicas y a unas iglesias que no consiguen satisfacer la demanda religiosa del hombre postmoderno.

El peso de la tradición y el prestigio social que el cristianismo ha mantenido en nuestro continente quizá han dado lugar a que la Iglesia se durmiera en sus laureles. Y así, libre de toda competencia, se sentía al abrigo de cualquier oferta religiosa alternativa. Esto hizo que se debilitara en ella el celo pastoral y, sobre todo, la prioritaria tarea evangelizadora. Se descuidó el cultivo de la dimensión mística y espiritual de los creyentes. Se menospreció la dimensión emotiva de la vivencia religiosa. Se prestó escasa atención a la dimensión comunitaria de la fe cristiana... El resultado de todo ello fue una pérdida de vitalidad en los creyentes y un predominio cada vez mayor del aparato institucional en la Iglesia.

Los nuevos movimientos religiosos y la Nueva Era tienen en su haber otro aspecto positivo: el intento de reconciliar religión y felicidad. ¡Buena necesidad tenemos de esta reconciliación al interior de las religiones y, en concreto, al interior del cristianismo! Una catequesis desafortunada ha producido en muchos cristianos la sensación de que fe cristiana y felicidad, religión y vida plena son incompatibles. Nada más ajeno al proyecto de vida que presenta el Evangelio de Jesús. Pero lo cierto es que esa opinión está muy extendida entre creyentes y no creyentes. Son muchos los que piensan que la religión es enemiga de la felicidad; que el ideal de la vida cristiana es la renuncia, el dolor y la penitencia; que la moral cristiana prohíbe todo derecho a ser felices y bloquea todo acceso a la felicidad... Aún más, los cristianos han insistido tanto en la obligación de hacer felices a los demás, que con frecuencia se han olvidado de ser felices ellos mismos.

José Luis Cortés ha planteado este problema con su característico sentido del humor. Un fiel cristiano se sorprende de que Dios le mande al purgatorio, y protesta humildemente: “La verdad, Señor, no sé por qué me mandas al purgatorio... Yo creo que he sido una buena persona; era, a mi manera, un creyente sincero, y ayudaba en lo que podía a la gente a mi alrededor...” Y Dios le contesta con mucha suavidad: “Sí, pero no fuiste todo lo feliz que tuviste oportunidad de haber sido”.

Si la religión no sirve para buscar la felicidad, entonces no sirve para nada. Una religión enemiga de la felicidad, es una religión enemiga del ser humano. Por eso, es normal que los cristianos busquen respiro en otros ambientes más oxigenados. Y muchos de ellos se dirigen hoy a los nuevos movimientos religiosos. Estos parten de un supuesto indiscutible: la experiencia mística y espiritual del hombre y de la mujer están en función del sentido, de la felicidad, de la realización plena del ser humano. Pretenden reconciliar religión y felicidad.

Los nuevos movimientos religiosos y la Nueva Era parten de otro presupuesto importante: la religión es una experiencia integral. Afecta e interesa a todas las áreas de la vida humana, a todas las áreas del ser. Afecta a la relación del ser humano consigo mismo, con los demás, con todo el cosmos. Nada en la vida es ajeno a esa dimensión religiosa y mística del hombre y de la mujer: ni el trabajo ni el ocio, ni la vida privada ni la vida social, ni la familia ni la política, ni la ecología...

Este supuesto plantea serios desafíos a la fe cristiana. A veces se redujo la experiencia cristiana al ámbito privado de la conciencia o de la intimidad personal. Otras se redujo el ser cristiano a la confesión de unos dogmas o a la práctica de unos ritos. No olvidemos que, al hablar de cristianos "practicantes", todavía se utiliza como referencia la práctica cultural (la misa dominical, por ejemplo). Otras veces se estrechó tanto la religión cristiana que sólo contemplaba las relaciones del creyente con "su" Dios... Naturalmente, en estas interpretaciones quedaba fuera de la experiencia religiosa todo lo que era considerado secular: el juego, el trabajo, la familia, el negocio, la política, la economía, las relaciones sociales... y, por supuesto, las relaciones con la naturaleza. Frente a estos malentendidos, la dimensión "ecuménica" y ecológica de los nuevos movimientos religiosos da que pensar.

La sociedad y la cultura actual se caracterizan por un pluralismo creciente. Personas de diferentes confesiones cristianas, de diferentes iglesias, de diferentes tradiciones religiosas... deben vivir juntas y convivir. Esta convivencia requiere apertura y tolerancia, capacidad para el diálogo y hondo sentido ecuménico. Se habla ya de una ética universal, resultado del aporte y la armonización de todas las tradiciones religiosas clásicas. Se habla de una era ecuménica. Es cierto, la humanidad se encuentra hoy con conflictos

dramáticos, causados por nuevos nacionalismos. Crece también el movimiento autonómico, independentista e indigenista..., no sin tensiones y conflictos sociales.

En este contexto es sugerente una religión universal y ecuménica, como la propuesta por la Nueva Era. Hay mucho que discernir en este proyecto. El ecumenismo no implica hacer tabla rasa de las diferencias, ocultando la identidad de las propias creencias. No hay que confundir la actitud ecuménica con el relativismo absoluto o con un falso irenismo. Este es uno de los grandes riesgos de la religiosidad en la Nueva Era: hacer una amalgama con elementos dispersos y heterogéneos tomados de todas las religiones, sin poner una columna vertebral en ese amasijo.

Pero la actitud abierta, universal y ecuménica de la religiosidad de la Nueva Era es un valor positivo. Aprovecha los elementos válidos que encuentra en todas las religiones, en todas las teorías científicas, en todos los métodos y técnicas de relajación e interiorización... La apertura, la receptividad, el diálogo, la tolerancia... son actitudes esencialmente ecuménicas. La humanidad del futuro necesitará todas estas actitudes para adentrarse en una era verdaderamente ecuménica.

La sensibilidad ecológica es otro de los elementos positivos de la Nueva Era. Es hora de que la mística y la espiritualidad trasciendan los límites de la subjetividad, y reconcilien al ser humano con todo el cosmos. Así fue la mística en los grandes maestros de todas las religiones. Es hora de respetar a la naturaleza como el hogar humano que es. Es hora que se deje de considerarla como simple material bruto en manos de una humanidad desalmada. La naturaleza es más que simple objeto de experimentación o material para el desarrollo tecnológico. La naturaleza es también un vestigio de Dios; tiene su dimensión religiosa; tiene su "encanto" o dimensión sacral... Por eso, una verdadera espiritualidad o una verdadera mística debe ser al mismo tiempo holística y ecológica. Debe abarcar la totalidad del ser, y establecer una especial relación del hombre con la naturaleza, con la madre tierra. La sensibilidad ecológica de la Nueva Era es un desafío también para la espiritualidad cristiana.

## 5.- Otros aspectos no tan positivos ni cristianos

Los “movimientos del despertar religioso” no son, en principio, el resultado de una programación fríamente calculada o de un plan secretamente concebido por algunos líderes. Son más bien el resultado de un viraje cultural. Cada vez más se va considerando ese despertar religioso como un rasgo característico de la cultura postmoderna. En este sentido, no hay que ver detrás de la espiritualidad de la Nueva Era un plan premeditado o una estrategia para acabar con todas las religiones y todas las iglesias. La “conspiración” de la que habla M. Ferguson no es una conspiración de golpistas o delincuentes. Es la coincidencia simultánea y sorprendente de todas aquellas personas que van caminando hacia una nueva conciencia. Es la comunión espiritual de todas las personas que respiran el mismo ambiente de Nueva Era. Esa dulce conjura da lugar a una revolución pacífica capaz de superar los estilos de vida y de pensamiento propios de la Era anterior, la Era de Piscis.

Pero, ¿carecen los movimientos del despertar religioso y, en concreto, la Nueva Era de toda significación y propósito políticos? Al igual que ha sucedido con muchas sectas, básicamente de orientación pentecostal, también la Nueva Era parece estar exportada desde EE. UU. Tiene el sabor de una ideología neoliberal que sustenta determinados proyectos políticos y sirve a determinados intereses económicos.

De entrada, la Nueva Era y todos los artículos que la ambientan se van convirtiendo en un auténtico boom comercial (Shirley Mac Laine ha vendido millones de ejemplares de su libro *Fuera del cuerpo*). Tampoco extraña demasiado que sus clientes más asiduos sean personas de tendencia ideológica liberal o neoliberal y de nivel económico relativamente acomodado. La instrumentalización política y la explotación comercial no es un fenómeno nuevo en la historia de las religiones. No es fácil explicarlo, pero todas las religiones y todas las iglesias han terminado complicándose la vida en la competencia por el poder político. Y donde aparece la religión, allí aparece de inmediato el comercio. Parece como si los mercaderes anduvieran siempre alrededor del templo y de lo sagrado. Quizá porque saben que donde las necesidades son más urgentes -salud, dinero, amor- las posibilidades del comercio son también mayores. Pero por más que se trate de hechos que se repiten regularmente, no cabe duda que constituyen una nota negativa, ya se

trate de las religiones clásicas o de la religiosidad de la Nueva Era.

Aparte de esta nota negativa que la religiosidad de la Nueva Era comparte con otras religiones e iglesias, conviene señalar algunos aspectos más específicos de la Nueva Era, que también son cuestionables.

En primer lugar, la Nueva Era ofrece un rostro difuso de Dios. De alguna forma se puede afirmar que predica y difunde una religiosidad sin Dios, sin trascendencia. Por eso se preguntan muchas personas si en la Nueva Era se puede hablar verdaderamente de religión, o se trata simplemente de un cultivo del espíritu humano. Decir que “todo es dios”, que “yo soy dios”... significa eliminar del horizonte toda noción de un Dios distinto, personal, siempre mayor... Significa querer establecer una experiencia religiosa sin referencias a la trascendencia.

En segundo lugar, hay que cuestionar el uso y la interpretación que la Nueva Era hace de la persona de Jesús de Nazaret y del Cristo de la fe cristiana. Está bien que la Nueva Era reconozca en Cristo uno de los grandes “avatares” o manifestaciones de Dios en la historia. Pero, el cristiano no puede disimular su disgusto ante la falta de respeto a los hechos históricos y a los contenidos centrales de la fe cristiana. La Nueva Era manosea a Cristo de forma irrespetuosa, apelando a la fantasía gratuita y a la invención infundada. Ni se respetan las más elementales conclusiones históricas, ni las más elementales tesis de una exégesis seria, ni las conclusiones más seguras de la teología cristiana, ni la persona de Jesús, ni el misterio de Cristo...

Situar a Cristo viviendo hoy en Londres o en California a la espera del momento de la segunda venida ni los seguidores de la Nueva Era se ponen de acuerdo- no tiene fundamento ninguno. Dar más importancia a los evangelios apócrifos o incluso a un supuesto Evangelio Perdido, que a los cuatro evangelios cristianos no parece serio. No es honesto confundir la fe cristiana con tantas hipótesis o teorías fantasiosas y sin ningún fundamento. Al Cristo de la fe cristiana o se le confiesa Crucificado y Resucitado o ya no es el Cristo de la fe cristiana.

En tercer lugar, tampoco es legítima una utilización tan pragmática de la religión... Es importante reconciliar la religión con la felicidad, y ponerla al servicio de la realización plena del ser humano. Pero no se debe traspasar la frontera y convertir la religión en ejercicio de magia. Esto es simplemente

manipular lo sagrado, poner a Dios a disposición de nuestros intereses y objetivos utilitarios. Esto ya no es actitud mística, religiosa o espiritual, sino actitud mágica.

Sería necesario señalar otro aspecto negativo de la Nueva Era: los flirteos de sus seguidores con Lucifer. Pero, ni tenemos datos de primera mano ni hemos podido averiguar en qué consisten semejantes flirteos. Ciertamente, lo demoníaco y lo luciférico han suscitado siempre la curiosidad de los seres humanos. Donde se hace presente Lucifer allí está garantizada la audiencia. Baste pensar en el éxito de las películas sobre posesiones y exorcismos. Pero, claro, estos contactos con Lucifer tienen siempre como componente el arcano, el ocultismo, la nocturnidad... Sólo tienen acceso los iniciados o los que se inician. Los demás nos quedamos fuera. No es mucho, pues, lo que podemos decir con conocimiento de causa.

Los flirteos con lo demoníaco y lo luciférico son peligrosos para cualquier persona, pero especialmente para personalidades débiles. Por eso hay que cuidarse de esos juegos peligrosos. No conviene danzar demasiado con el diablo como dice la canción de la Nueva Era. Esta danza, esos juegos, ese flirteo a unos les han quitado el sueño; a otros, la paz; a otros, la salud mental; y a algunos les ha dejado perturbados casi de por vida. Para satisfacer una simple curiosidad no merece la pena correr tales riesgos.

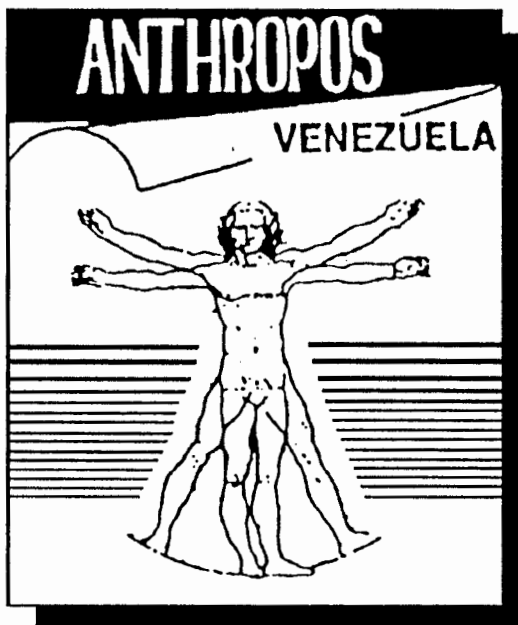
La simple evocación de Lucifer tiene una capacidad de sugestión demasiado poderosa. El miedo multiplica los falsos dioses y, sobre todo, los demonios. Cuando el demonio anda por medio, se suele pasar inevitablemente de la magia blanca a la magia negra. Algunas sectas modernas han traspasado definitivamente esta frontera y son objeto de preocupación para los ministerios de la salud física, mental y pública de los ciudadanos y de la sociedad. Recientes acontecimientos en diversas sectas deben servirnos de alerta.

Finalmente, la religiosidad de la Nueva Era es demasiado milagrista. Promete a sus clientes conseguir la felicidad total a bajo costo. Basta simplemente que cambien su conciencia para dominar todas las fuerzas adversas, para que desaparezcan el dolor y la enfermedad, para hacerse con el fuego de los dioses, para apoderarse de lo sagrado, para cambiar la realidad. Se trata aquí de una nueva versión del idealismo: dar lo pensado o concienciado por realizado. El pensar positivo es importante, pero no conviene perder el

sentido de la realidad. Es una filosofía demasiado fantasiosa y con demasiados riesgos. El mayor de todos consiste en perder sentido de la realidad. Por ahí comienzan la mayor parte de los trastornos mentales y de las psicopatologías.

En este contexto llama la atención una laguna, quizá la más grave de la Nueva Era desde la perspectiva del Evangelio de Jesús: es la ausencia total de sensibilidad y compromiso con los pobres y marginados. La ausencia del pobre es tal en esta nueva religiosidad que sorprende el empeño de muchos por hacer compatible la Nueva Era y la propuesta de Jesús, su espiritualidad y la espiritualidad evangélica, la fe de la Nueva Era y la fe cristiana.

Prometer cambiarlo todo cambiando la conciencia es prometer demasiado y ofrecer demasiado poco. Es buscar los beneficios de la mística y de la espiritualidad -o de la magia- sin comprometerse para nada. Este es precisamente otro rasgo que distingue a la magia de la religión: ésta implica compromiso y conversión; aquélla sólo exige ritos debidamente realizados y fórmulas celosamente pronunciadas. La religiosidad de la Nueva Era parece ser una religiosidad sin conversión. Desde la fe cristiana, una religiosidad que no convoque a la conversión se presta a fundadas sospechas.



Es una revista que estudia la realidad del hombre desde el contexto de América Latina

## **Instituto Superior Salesiano de Filosofía y Educación**

Avenida El Liceo, Apartado 43  
Los Teques 1201-A (VENEZUELA)  
Telf.: 032 - 32 98 12

Valor de la suscripción:	Venezuela:	Bs. 1.000,00
	Extranjero: Vía Aérea:	\$ 12,00
	Correo Normal:	\$ 10,00